

LA COMUNICACIÓN UNIVERSITARIA EN LA ERA DIGITAL

Una bitácora en tiempos de “batalla cultural”

Resumen

Este trabajo aborda desde una perspectiva filosófica la cuestión de la comunicación universitaria en la época digital. Se propone, en primer lugar, analizar el vínculo entre sociedad, comunicación y universidad. Luego, estudiar las particularidades de la comunicación en los medios digitales, en relación con la emergencia del fenómeno de las *nuevas derechas alternativas*. Finalmente, se sugieren algunas pautas para comunicar desde la universidad.

Palabras clave: comunicación digital - universidad - derechas alternativas

Introducción

Este escrito colectivo nace de los primeros debates que tuvimos como equipo de extensión en torno a la cuestión de la comunicación —a través de distintas épocas, hasta llegar al presente—, en relación con la reflexión filosófica. Pensar la comunicación desde la filosofía implica, necesariamente, pensar la sociedad; a su vez, ello se torna imprescindible para comprender el rol específico de la comunicación de la filosofía como tarea de extensión universitaria.

El propósito de este escrito es, así, componer un panorama sobre la comunicación actual —cuya elaboración permanece en constante transformación por las propias características de la materia, anudada a un presente

Equipo de Filosofía
y Comunicación

Programa de Filosofía y Territorio (SEUBE)
filosofiaytterritoriofilouba@gmail.com

vertiginoso— que nos permita repensar las prácticas comunicativas desde la comunidad universitaria.

1. ¿Por qué pensar la comunicación desde la universidad?

Desde hace algunos años, la universidad pública argentina enfrenta situaciones críticas: en primer lugar, por el advenimiento de la pandemia del COVID-19, que ha obligado a una transformación no planificada de las relaciones áulicas, pero también de la vida social de las comunidades educativas; y, en segundo lugar, como consecuencia de la implementación estatal sostenida de políticas públicas neoliberales dirigidas a su desfinanciamiento (principalmente del área de las humanidades y ciencias sociales), las cuales actualmente toman la forma de un ataque directo discursivo y material, llegando a la situación extrema y sin precedentes de una amenaza de cierre por falta de presupuesto para su sostenimiento. Ahora bien, para comprender la coyuntura en la que tal estado de cosas pudo cristalizarse, es preciso considerar el contexto de un despliegue global de las denominadas *nuevas derechas alternativas* o *Alt-right*, el que a su vez se apoya técnicamente sobre las plataformas digitales.

Siguiendo a Marcos Reguera (2017), el término ‘Alt-right’ surgió como forma de nombrar el movimiento político estadounidense de extrema derecha, conformado por jóvenes cuyo ingreso a la adultez estuvo signado por una situación de precariedad, marcada por la crisis económica de la última década. El horizonte de la juventud estadounidense se hallaba entre la imposibilidad de acceder a estudios universitarios por su elevado costo y, simultáneamente, la imposibilidad de obtener empleos menos cualificados, en tanto los empleadores optan por contratar migrantes latinos y afroamericanos en condiciones de explotación. En este escenario, un sector de los jóvenes encuentra tanto en los sujetos racializados como en las mujeres y disidencias sexuales que reclaman por sus derechos un enemigo común, un chivo expiatorio culpable de todos sus males. Progresivamente, estos jóvenes comenzaron a encontrarse en foros de internet, para compartir sus experiencias, deseos y frustraciones —con una impronta “apolítica”—, conformando una subcultura cuyo territorio por excelencia son las plataformas virtuales.

Con el tiempo, esa catarsis colectiva, que había emergido como reacción horizontal en las redes sociales, se vio canalizada y reconducida hacia discursos de referentes de ideología ultraderechista (como Milo Yiannopoulos o Richard B. Spencer, ambos dedicados al periodismo, con estudios en humanidades y ligados a sectores neonazis), quienes advirtieron rápidamente la potencia del descontento social. Con la llegada al poder de Donald Trump en 2016, Spencer, identificado públicamente como el principal ideólogo de la *Alt-right*, publicó en la revista *Radix* (aparato de difusión del movimiento) un artículo en el que reconoce al nuevo Presidente como representante político. Allí, Spencer critica el uso del término ‘alternativa’ para referir al proyecto del que forma parte, cuyo propósito —dice—, es el “renacimiento de la identidad europea”¹ (la traducción es propia). En este sentido, la *Alt-right* estadounidense se ha ordenado en torno a un doble objetivo: la afirmación del supremacismo blanco, en tanto proyecto político con una base étnica, y la denominada “batalla cultural” contra todo discurso no alineado con sus intereses.

Para nuestro análisis, hemos convenido recuperar el término ‘*Alt-right*’ con el fin de nombrar a un nuevo actor en el escenario político local que puede pensarse como un emergente de ese fenómeno, en la medida en que presenta algunas características esenciales en común; pero sin descuidar las particularidades del caso argentino. Con esto, nos interesa poner de relieve que no nos encontramos, como se afirma muchas veces, frente a un “Trump argentino”, sino ante un fenómeno con una genealogía y características propias.

En un artículo publicado en el 2021, Roberto Chuit Roganovich² pone de relieve la triple relación entre la construcción de subjetividades digitales en las sociedades contemporáneas, a partir de la instauración de las nuevas tecnologías del siglo XXI, el avance de las nuevas derechas, y una serie de problemáticas que atraviesan la educación universitaria argentina desde su interior, derivadas, en parte, de una exclusión de las dinámicas propias de dichas tecnologías. El autor caracteriza a la *Alt-right* como “un movimiento heterogéneo, de extrema derecha, nacionalista y blanco” (Chuit Roganovich, 2021: 46), cuya particularidad consiste en haber tomado las plataformas digitales como arena privilegiada para su estrategia política, apuntada principalmente a la juventud. Al hallarse fuera de las dinámicas de representatividad política tradicionales, el fenómeno permaneció mayormente desapercibido para el universo de las instituciones políticas, entre ellas, la universidad pública que, simultáneamente, fue tomada como uno de los

1. Nos referimos aquí al artículo “The Napoleon of the current year”, el cual fue eliminado de la publicación en línea de *Radix Journal*.

2. Roberto Chuit Roganovich es Licenciado en Letras Modernas y Becario doctoral por la Universidad Nacional de Córdoba. El artículo en cuestión, publicado en 2021, se titula: “Dinámicas contemporáneas en la construcción de subjetividades: digitalidad, *alt-right*, comunidad”.

adversarios privilegiados de la *alt-right* local. Ello no ha sido casual, sino parte de una estrategia de afianzamiento identitario a partir de la construcción de un enemigo común, a saber, el orden de lo público por oposición al de lo privado, condensado sucesivamente en diferentes figuras. No es casual que el ataque al Conicet haya sido elegido como uno de los ejes fuertes para la campaña electoral —ataque apoyado sobre la tergiversación de investigaciones, difamación de científicos y distribución de datos falsos—, el cual se confirmó con el vaciamiento de hecho del organismo una vez que asumió el nuevo gobierno. El sistema de ciencia y técnica, en particular, las investigaciones en humanidades y, especialmente, los estudios críticos (culturales, de la ciencia, de género, etcétera), se construyen en el discurso oficial como objetos representativos de lo que la derecha alternativa denomina “marxismo cultural” o “ideología de género”. Luego, se justifica discursivamente su desmantelamiento.

Para Chuit Roganovich, al formarnos como docentes en una tradición pedagógica previa a la instauración de los nuevos medios digitales, “hemos perdido el registro de espacios cruciales de sociabilidad en donde hoy se construyen identidades políticas”, a la vez que “nuestros programas de estudio puedan estar quedando desfasados en relación a una coyuntura específica que requiere ser estudiada” (Chuit Roganovich, 2021: 46). El desconocimiento de la especificidad de la coyuntura aparece como un obstáculo a superar para afrontar la crisis que golpea a la universidad pública. En este sentido, el autor entiende la deserción estudiantil como uno de los principales problemas de la universidad, asociado a la incapacidad de las instituciones educativas de proponer tanto espacios atractivos de construcción de comunidad, así como una idea de futuro estable. Como consecuencia, plantea una serie de estrategias dirigidas a la recuperación de los lazos de sociabilidad comunitaria: primero, un relevamiento de las condiciones de vida, consumos culturales, preocupaciones políticas, psicológicas, y deseos de los ingresantes, para trazar un diagnóstico más preciso de los intereses, inquietudes, deseos y posibilidades de los jóvenes. La segunda estrategia nos interesa particularmente, porque propone involucrar a los estudiantes desde su ingreso con los proyectos de extensión universitaria, usualmente ignorados por la mayoría de los ingresantes. Estos no solamente pueden funcionar como espacios de sociabilidad ampliada y trabajo colectivo, sino ensayar una forma de apertura de la universidad a la sociedad civil, en la medida en que la extensión no se piense como un programa hacia el afuera, sino una “plataforma cívico-cultural” abierta a la ocupación

popular. Tales plataformas son pensadas por el autor en torno a cuatro propósitos: el desmantelamiento de los *discursos de odio*, el fomento de identidades diversas, la contención y el desarrollo de las capacidades e intereses de los actores civiles.

A la reflexión de Chuit Roganovich en torno al problema de la deserción podríamos agregar la necesidad de garantizar materialmente el acceso de las clases trabajadoras a la universidad, hoy restringido por una oferta horaria cada vez más acotada dada la reducción de las franjas horarias vespertinas —cabe señalar, al respecto, que un trabajador cuya jornada laboral finaliza a las dieciocho horas hoy cuenta en la FFyL solamente con una franja horaria disponible, quedando prácticamente sin posibilidad de avanzar en sus estudios—. En este sentido, consideramos que todo dispositivo discursivo se ancla en condiciones materiales, de modo que ninguna estrategia que descuide ese factor será efectiva. Sobre esa base ineludible, consideramos dos tareas primordiales de la extensión universitaria: por un lado, *conocer* al estudiantado, sus intereses y sus condiciones de vida; por otro lado, diseñar una *estrategia comunicacional* que contemple las dimensiones específicas de la comunicación de masas en el siglo XXI, tal que resulte capaz de interpelar y dejarse interpelar por las juventudes y la sociedad civil en general.

2. ¿Cómo caracterizamos la comunicación en la época actual?

Si tomamos como punto de partida la *comunicación de masas* desplegada a lo largo del siglo XX para pensar la comunicación en la *era digital*, encontramos que el diagnóstico de Walter Benjamin en su artículo “Experiencia y pobreza”, de 1933, al respecto de una devaluación de la experiencia tras la Primera Guerra Mundial —no solo por efecto de la guerra en sí misma, sino de una economía inflacionaria que condenó a las poblaciones europeas al hambre— se mantiene vigente y, aún más, se ha profundizado. Benjamin se pregunta por el valor de la cultura desligada de su vínculo con la experiencia y por su dimensión como una nueva forma de barbarie. La experiencia humana se ha empobrecido y su lugar, antes significado por la capacidad narrativa de contar historias, ha sido ocupado por una forma de entretenimiento confortable que compensa el cansancio de las complicaciones cotidianas de la vida moderna. De este modo, señala Benjamin, hemos

sacrificado la experiencia en tanto “herencia de la humanidad”, a cambio de “la moneda de lo ‘actual’” (Benjamin, 1989a: 173).

La idea benjaminiana de una devaluación de la experiencia se comprende mejor a la luz de *La obra de arte en la época de su reproductibilidad técnica*, de 1936, ensayo en el que el autor piensa la pérdida de *aura* de la obra de arte como resultado de la capacidad técnica de su reproductibilidad en serie, de manera masiva. Lo reproducido, de esta manera, queda separado del “aquí y ahora” del original, que resulta irrepetible. El cambio en el modo de exposición de las obras de arte que introduce la reproductibilidad técnica nos resulta aquí relevante puesto que, siguiendo a Benjamin (1989b), es también una clave para comprender la crisis de las democracias, en la medida en que se hallan en juego las condiciones de exposición del hombre político. La relación de re-presentación política se trastoca en una relación entre un actor y un público, mediada por la innovación técnica de los aparatos de grabación y reproducción. Así, el discurso de un orador se vuelve audible y visible para un público numéricamente indefinido, en un tiempo y espacio también indefinidos. Pero, además, ello tiene como efecto que la capacidad de manejo técnico de dichos aparatos se vuelve primordial para el político. Finalmente, las figuras de la *estrella mediática* y del *dictador* se equiparan como triunfantes ante el aparato. Para Benjamin, la enajenación derivada de la *estetización de la vida política* es constitutiva del proyecto del *fascismo*, a saber, la transformación del derecho de las masas a cambiar las relaciones de propiedad en una expresión cuyo objeto es conservar dichas relaciones.

La idea de una enajenación de los discursos respecto de sus contextos de producción encuentra un eco tiempo después, en las lecturas que Guy Debord (2008) hace en *La sociedad del espectáculo*, de 1967. Allí, el autor profundiza sobre la idea de una *separación* entre lo vivido y su representación que, bajo las condiciones de producción modernas, se cristaliza en el *espectáculo*. Ahora bien, el espectáculo no se trata de una representación “externa” del mundo representado, sino que constituye un modelo para la vida individual y social.

¿Cómo se conforman las subjetividades en nuestro presente? ¿Qué es lo que nos modela hoy como sujetos históricos e individuos singulares? Ahora encontramos en las pantallas un nuevo territorio de subjetivación, que pone en tensión la división clásica entre lo público y lo privado al exponer la esfera de lo íntimo como un contenido entre otros. La exaltación de lo privado va en consonancia con la de un “sujeto individualista” que hace del

yo un *show*, al fetichizarlo como mercancía separada de una narración del conjunto de prácticas en las que se inscribe.

El espectáculo, siguiendo a Debord (2008), no es menos real que aquello que representa, sino que consiste en un modo de configuración de lo real. No obstante, en esa configuración, la realidad se presenta *falseada* de manera que, al mismo tiempo, escinde los poderes humanos de su potencia transformadora. En tanto la relación de representación política es resultado del mismo proceso de separación, también ella se convierte en espectacular, mientras que la potencia transformadora de los hombres se subjetiva en el público espectador.

En la actualidad, asistimos a una profundización tanto de la lógica de la reproductibilidad técnica como del espectáculo en la construcción de verdad. Mientras que, en la tradición abierta por Platón en Occidente, la copia fue impugnada como una degradación ontológica de lo verdadero, hoy en día participamos de una época en la que la verdad se reafirma en su repetición discursiva: la *viralización* de los mensajes. El fenómeno de la circulación de información bajo la replicación de “contenidos” en las redes sociales nos interesa particularmente, porque se extiende a lo largo de todo el campo social, independientemente de su orientación política. Hoy, la verdad es aquello que se instala a fuerza de repetirse. Pero ya no se trata de una reiteración unidireccional, como sucedía en la producción de noticias a la manera fordista de la línea de montaje, cuando la noticia llegaba como producto acabado a su receptor, último eslabón de la cadena. En la actualidad, el espectador se vuelve activo en la formación de la opinión pública. Sin embargo, su capacidad de acción se restringe —en la mayoría de los casos— a la declaración del “me gusta” y, en su versión más comprometida, a “compartir” el contenido dado. Si pensamos que los medios digitales ocupan un lugar de enunciación de verdad, no solo por efecto de reproducción sino de acumulación y algoritmización en tiempo real, esta resulta producida de un modo informacional, tomando no solamente datos, sino también la agencia de los sujetos para parametrizar sus modos de interacción con los dispositivos técnicos, que forman un verdadero ambiente digital.

Tomando en cuenta la mediatización de la información en nuestras sociedades, es claro que toda democracia se monta sobre una técnica. Las formas de subjetivación contemporáneas fuerzan a pensar los niveles de representación dispuestos a la manera de una red, sin centro claro o firme, dejando el espacio de la representación abierto a ser ocupado, incluso, por una figura que se reconoce como un “outsider” de la política tradicional. En el

transcurso de la última década, hemos testimoniado la deriva de una distribución de *discursos de odio*. Primero, en el espacio destinado a los comentarios en las versiones digitales de los diarios hegemónicos nacionales. Luego, multiplicándose horizontalmente a través de plataformas como Facebook y, más tarde, Instagram, YouTube o TikTok, hasta llegar a su materialización en el hecho paradigmático de un intento de femimagnicidio contra la vicepresidenta en funciones,³ o al crimen contra cuatro lesbianas prendidas fuego mientras dormían en una pieza precaria al sur de la capital federal.⁴ Este tipo de discursividad ha sido habilitada por marcos institucionales, llegando a ocupar hoy un rol central en la justificación ideológica de la reorganización del Estado.

Ahora bien, ¿cómo nos hemos habituado a esto? La alienación, como efecto sociotécnico del espectáculo contemporáneo, modula las relaciones comunitarias en diversos sentidos: por un lado, obtura la posibilidad de lo diverso, al encauzar la idea del compartir bajo la forma de una repetición compulsiva y solitaria de una misma opinión en las pantallas; por otro lado, como resultado de la algoritmización, nos conduce a ver y reconocernos en modelos subjetivos que se parecen a los propios, mientras que invisibilizan todo aquello que nos resulta “ajeno” y, por ende, acabamos por ignorar activamente. En este sentido, ¿en qué medida la lógica espectacular trabaja para una atomización y fractura social que impide a las personas volver a encontrarse en lo que tienen en común, pero, sobre todo, en la pluralidad?

Asumiendo que las estrategias de boicot por abandono masivo de las redes sociales —como aquella propuesta por Paul B. Preciado en el contexto de la cuarentena mundial por la pandemia del 2020—⁵ no generan suficiente adhesión, puesto que la mayor parte de las personas se ve sujeta sin opción al uso de los dispositivos, nos preguntamos qué principio de comunidad puede ser pensado desde las fisuras de las nuevas tecnologías. Esta pregunta atraviesa de lleno el interrogante acerca de qué, cómo y a quiénes comunicar desde la universidad.

3. Una bitácora para las *guerras cognitivas*

El término *guerra cognitiva* puede despertar, a primera vista, sospechas de encontrarse frente a lo que se conoce popularmente y de forma peyorativa como una “teoría conspirativa”. Si bien esas sospechas son completamente razonables, el asunto es discutido en publicaciones relacionadas con

3. Nos referimos aquí al intento fallido de asesinato contra la expresidenta y vicepresidenta en funciones Cristina Fernández de Kirchner, mientras saludaba a un grupo de personas que se había acercado a brindarle su apoyo en las inmediaciones de su casa en la ciudad de Buenos Aires, cuando una persona gatilló en su cabeza. El hecho se produjo en septiembre del 2022, en el contexto del juicio oral que enfrentaba la mandataria. A propósito del proceso de radicalización discursiva en el que se inscribe este hecho de extrema violencia política, véase el artículo de Maximiliano Moreno titulado “Cómo se construye un femi-magnicidio: 20 años de radicalización discursiva y simbólica en Argentina”, de 2023.

4. Nos referimos al ataque contra cuatro lesbianas por parte de un vecino que les arrojó una bomba *molotov* mientras dormían, resultando tres de ellas asesinadas, mientras que la única sobreviviente no solo se encuentra gravemente herida, sino que sus pertenencias han sido quemadas. A propósito de las conexiones entre este hecho y los discursos públicos de altos mandatarios del Estado y sus círculos de afinidad, véase, por ejemplo, la nota de Rocío Bao (2024) publicada por el medio *Infonews*, titulada “Aberrante: Nicolás Márquez se mostró a favor del triple lesbicidio de Barracas”.

5. Véase Preciado (2020), *Aprendiendo del virus*, publicado en el diario *El País*.

la teoría y la acción militar, como la propia revista académica de la Escuela Superior de Guerra Conjunta de las Fuerzas Armadas de Argentina. Allí, la guerra cognitiva es definida como:

un tipo de guerra que trata sobre cómo piensa el enemigo, cómo funciona su mente, cómo ve el mundo y cómo desarrolla su pensamiento conceptual. El objetivo declarado es atacar, explotar, degradar o incluso destruir la forma en que uno construye su propia realidad, su autoconfianza mental, su confianza en los procesos y enfoques necesarios para el funcionamiento eficiente de grupos, sociedades o incluso naciones. (Giorgi y Saldanha Walker, 2022: 9-10)

Expresada de esta manera, la guerra cognitiva no resulta ser un fenómeno nuevo en sí, ya que también podrían caer en esta categoría las operaciones de propaganda y manipulación de la información pública y las operaciones de inteligencia y contrainteligencia relacionadas. La novedad aquí radica en la masificación tanto del acceso como del alcance de las operaciones de desinformación y manipulación que se produjo con el advenimiento de las redes sociales. Estados, corporaciones, facciones y distintos grupos de interés de mayor o menor tamaño ahora pueden aprovechar las características de diseño de las redes sociales y los medios digitales para “inundar” el océano ya ruidoso de la internet con una cantidad prácticamente ilimitada de eventos, noticias y narrativas con el objetivo de diluir la capacidad de discernimiento del público.

La adjetivación “cognitiva” proviene del marco teórico y experimental en el que se basa el desarrollo de estas técnicas, que postula la existencia de sesgos en la cognición humana, errores sistemáticos en la comprensión de los fenómenos y la toma de decisiones en los cuales las respuestas de los sujetos se alejan de la respuesta lógica racional esperada (Kahneman, 2003; World Bank, 2015). El origen de estos errores estaría dado por fallas en la correcta interpretación de la información por nuestros sistemas de procesamiento, cuya arquitectura tendría un carácter dual: el *Sistema 1*, de ejecución rápida y automática, que toma decisiones en función de consideraciones intuitivas predeterminadas, muchas veces de forma no consciente al individuo y relacionado con los impulsos emocionales; y el *Sistema 2*, que requiere un proceso de reflexión y deliberación activa.

Las técnicas de manipulación a través de los medios digitales funcionarían, entonces, con un doble objetivo: por un lado, obturar la capacidad reflexiva mediante la sobresaturación informativa y, por otro, apelar a la

manipulación emocional subconsciente, guiando indirectamente las opiniones y acciones de los sujetos hacia el objetivo deseado. Más allá de la posibilidad de medir la efectividad de estas operaciones —y de las múltiples críticas tanto metodológicas como epistemológicas que se le puedan hacer a este marco teórico (Bloise, Arias Grandio y Folguera, 2023)—, estas estrategias nos remiten a lo que el autor Nikolas Rose caracteriza como una expansión del dominio de lo “psi”. En su libro *La invención del sí mismo*, Rose propone explorar la íntima relación que existió y existe entre las disciplinas psicológicas y las formas de gobierno de los Estados liberales modernos (Rose, 2022). Según Rose, para poder comprender la expansión del dominio de lo “psi” en el ámbito de las artes de gobierno, es necesario conceptualizarlo no como algo análogo en estructura a las ciencias biológicas o físicas, sino como una *expertise*:

Utilizo este término para referirme a un tipo particular de autoridad social, desplegado característicamente en torno a problemas, ejerciendo una cierta mirada diagnóstica, sostenida en un reclamo por la verdad, afirmando la eficacia técnica y reconociendo virtudes éticas humanas. (Rose, 2022: 134)

Desde la perspectiva de la *expertise*, lo que hay no es un único marco teórico y metodológico homogéneo que se traduzca y aplique en la resolución de problemáticas externas, sino una amalgama de saberes y técnicas que constituyen un “saber-hacer” cuya legitimación e institucionalización está ligada no a resolver problemáticas ya dadas, sino a constituir las como algo abordable por las técnicas y conceptos de la propia *expertise*. Lo que Rose nos indica con esto es que “las ideas psicológicas deberían ser vistas menos como ‘modos de pensar’ que como ‘técnicas intelectuales’, como maneras de hacer el mundo pensable y practicable de cierto modo” (Rose, 2022: 130). En lo que nos ocupa, el mundo pensable y practicable es el de las poblaciones humanas, entendidas como agregaciones de individuos con un espacio psicológico interior (mental, cerebral, o una ponderación de ambos), cuyas disposiciones conductuales son calculables, medibles, explicables e influenciables en la medida que se comprendan los mecanismos internos mentales y fisiológicos que producen la conducta como *outputs* (respuestas) según *inputs* (estímulos) ambientales. Es de esta forma, como técnica intelectual que permite articular una “naturaleza humana” y a la vez intervenir sobre ella que, según Rose (2022), lo “psi” se ha diseminado e infiltrado en los dominios de los gestores de la conducta.

Una de las muchas problemáticas que encuentra Rose en la infiltración de lo *psi* en las artes de gobierno, por la cual nos interesa particularmente traerlo a la conversación, es su contribución a procesos de subjetivación orientados a producir *individuos pasivos*. Bajo este paradigma, el sujeto humano es considerado un receptor de estímulos y emisor de respuestas conductuales que, en última instancia y con la información suficiente, podrían ser predichas, al menos, en términos estadísticos. El individuo teorizado (y producido) es uno escindido de su ambiente, tanto ecológico como social, en términos de su capacidad de transformación de este último y, además, tensionado y movilizado pasivamente por fuerzas internas (mentales o neuronales) o externas (saturación cognitiva o manipulación emocional). Una de las posibles vías de salida de este esquema que Rose (2022) encuentra y que podría ser de utilidad a los fines de este artículo es la recomposición de los espacios comunitarios como instancias de *despliegue creativo*. Es en el impulso de la creación movilizada por el acercamiento a una comunidad, ya sea académica o artística, en el que ve una posible forma de escapar tanto a las técnicas intelectuales de lo “psi” en su acción directa como en su acción indirecta de propagación y solidificación de una idea de individuo pasivo e inerte.

Sin embargo, en este sentido, podemos pensar que aquella dimensión creativa de la subjetividad nunca es totalmente capturada por los dispositivos. Tomando distancia de pensar la relación entre individuos y plataformas como una forma de dominación técnica, como hemos dicho antes, lo que encontramos es un ambiente en el que humanos y no humanos interactúan, afectándose mutuamente de maneras diversas. Luego, podemos afirmar que la “manipulación”, en un sentido de determinación de las conductas, nunca puede ser total. Al indagar sobre qué formas de lo común son posibles en el horizonte de las guerras cognitivas digitales, chocamos con una serie de limitaciones materiales, derivadas del hecho de situarnos en un territorio trazado ya desde sus inicios con una impronta bélica, cuyas lógicas, además, nos resultan muchas veces desconocidas e inabarcables. Disputar desde las universidades los sentidos instaurados a través de las plataformas por las grandes corporaciones se parece a escalar el Aconcagua en zapatillas *Topper*.

Más allá de la broma, se trata de un desafío que nos enfrenta con una disyuntiva muy frecuente en el llamado *streaming independiente*, que se consolidó en la escena mediática local muy recientemente. Esta disyuntiva nos propone optar entre dos posibilidades. Una de ellas es la adaptación de

contenidos críticos a formatos que “venden” y han demostrado su alcance efectivo (por ejemplo, la propuesta de una reflexión filosófica en un minuto). La otra opción es mantenernos firmes en la idea de que el pensamiento exige otra temporalidad y, desde esa idea, resistir a la lógica de aceleración que, así como demuestra ser efectiva para captar la atención por su impacto, en el mismo movimiento produce el deterioro de esta. En otros términos, nos preguntamos cómo invitar a lo complejo y sus mediaciones, ante el avance de lo inmediato; y, a su vez, qué territorios (y qué nociones de territorio) habilitan diálogos y debates en sentido fuerte: no intercambios reafirmatorios de una reiteración discursiva, sino procesos de los que las subjetividades en juego salgan transformadas. A propósito de esto último, resulta interesante detenerse en la dualidad del *meme*, pensado teóricamente y diseñado como *arma cognitiva* bajo un paradigma reduccionista de la transmisión cultural en términos informacionales, pero devenida también *arma plebeya* en la subcultura de los foros digitales.

Entre nuestros diagnósticos de los modos que adopta la comunicación digital, además de la consolidación de sentidos comunes por repetición y autoafirmación, observamos que, correlativamente, los intercambios se producen bajo un carácter *cínico*. Con ello, nos referimos a que estos no tienen la intención de arribar a un acuerdo, o bien, a un común desacuerdo puesto que, desde el comienzo, el otro no es considerado un interlocutor válido. El canal de YouTube *The Alt-right playbook*, producido por el equipo de creadores de contenido Innuendo Studios, se enfoca hacia el estudio del conjunto de técnicas de comunicación que las derechas alternativas emplean para la “batalla cultural”, devenida guerra cognitiva. De acuerdo con sus análisis, las diferentes tácticas discursivas de este sector convergen en una comprensión de las redes sociales como arena política donde, para convencer, priman las impresiones antes que los argumentos. Así, los intercambios no se dirigen, en verdad, al sujeto tomado por “interlocutor”, sino a quienes observan dicho intercambio sin participar de él, como espectadores. El supuesto interlocutor cumple una función precisa, que es la de un enemigo al que atacar, del modo más agresivo y visceral posible, ante la mirada del resto. Independientemente de quién tenga los argumentos más sólidos, o del correlato entre acusaciones esgrimidas y hechos reales, la impresión final que quedará en la memoria de los testigos virtuales será la de la posición de ataque, fuerte y consolidada, frente a la posición defensiva y, por lo tanto, débil. En este marco se ponen a funcionar los *bait*s: aseveraciones de impacto cuyo objetivo es captar la atención a cualquier precio, articuladas con la

distribución de *discursos de odio*, orientados a instalar y justificar narrativa-mente prácticas crueles y punitivistas. Las discusiones en internet, luego, no son debates entre sujetos comprometidos con una materia a ser pensada, sino actos performativos que se producen entre agentes anónimos, alienados de sus contextos experienciales y situacionales.

Conclusiones prácticas (provisorias y provisionales)

Pensamos a partir de lo dicho hasta aquí que, para comunicar efectivamente desde la universidad, debemos ante todo tomar noción de las condiciones materiales de los sujetos a quienes nos dirigimos. Si aspiramos a construir una universidad para el pueblo, es decir, en la que el pueblo se vea *representado*, esta debe ofrecer condiciones concretas de accesibilidad para quienes estudian y trabajan. Para ello, es preciso conocer las necesidades y posibilidades reales del estudiantado. Con este fin, retomamos la propuesta de Chuit Roganovich en torno a la realización de encuestas generales dirigidas a obtener datos estadísticos sobre la accesibilidad de la institución, tanto como a conocer las preocupaciones e intereses actuales de los sujetos que buscamos interpelar.

En esta línea, consideramos fundamental el compromiso con la escucha del *otro* más radical, aquel con quien no estamos de acuerdo, sin condicionarla a una anticipación de su refutación: ¿acaso encontramos algo *con sentido* en las críticas del “afuera”? ¿Encontramos historias que no estén siendo contadas en los debates universitarios? Se vuelve imperioso cuestionar nuestra propia participación en lógicas de *autoafirmación acrítica* y, de la mano con ello, revisar a qué interlocutores buscamos interpelar, de manera concreta y situada, sin asumir un interlocutor universal tácito que, en última instancia, sería resultado de la normalización de nuestros propios presu- puestos subjetivos.

En segundo término, consideramos que la reconstrucción de la dimen- sión narrativa de la comunicación desde la universidad es una tarea de vital importancia, la cual presenta como desafío no solo la elección de las histo- rias que contamos, sino de los medios a través de los que hacerlo. La *Alt-right* ha interpretado muy bien la eficacia de cierto tipo de imágenes sobre pú- blicos infantiles, a los que promete futuros bucólicos distópicos creados con inteligencia artificial. Siguiendo el gesto de Benjamin ante la estetización de la política, creemos que la filosofía tiene que politizarse y comunicar otros

mundos posibles, no bajo la forma de una defensa del pasado, sino de la afirmación del presente que deseamos y somos capaces de imaginar.

Esto se traduce en una doble tarea: en lo que concierne al territorio físico, por un lado, con la generación de una agenda cultural que fortalezca los lazos al interior de la comunidad; y el fortalecimiento de la extensión (atendiendo a las condiciones laborales de quienes se dedican a ello, al sostenimiento de los equipos y a su vinculación con las generaciones de ingresantes), puesto que ella consolida los vínculos con sectores sociales no académicos. Por otro lado, diseñar una estrategia específica de intervención en los territorios virtuales, adaptada a las distintas posibilidades que brindan las plataformas. Es desde esta doble dirección, que hace al proceso profundo y diverso de recuperación del tejido comunitario, en la que nos encontramos trabajando como equipo.

Referencias bibliográficas

- Bao, R. (2024). Aberrante: Nicolás Márquez se mostró a favor del triple lesbicidio de Barracas, 16 de mayo de 2024. *Infonews*. En línea: <https://infonews.com/nicolas-marquez-biografo-de-milei-apoyo-el-triple-lesbicidio-de-barracas.html> (Consulta: 16-06-2024).
- Benjamin, W. (1989a [1933]). Experiencia y pobreza. *Discursos interrumpidos I*. Taurus.
- Benjamin, W. (1989b [1936]). La obra de arte en la época de su reproductibilidad técnica. *Discursos interrumpidos I*. Taurus.
- Bloise, L., Arias Grandio, C. y Folguera, G. (2023). Evaluación crítica de los compromisos epistemológicos, ideológicos y políticos de la neuroeconomía aplicada a políticas públicas. *Revista Colombiana de Filosofía de la Ciencia*, vol. 23, núm. 47, pp. 135-162. doi: <https://doi.org/10.18270/rcfc.v23i47.4194>
- Chuit Roganovich, R. (2021). Dinámicas contemporáneas en la construcción de subjetividades: digitalidad, *alt-right*, comunidad. *Apertura*, núm. 4, Universidad Nacional de Córdoba, pp. 43-53.
- Debord, G. (2008 [1967]). *La sociedad del espectáculo*. La Marca.
- Giorgi, L. M. y Saldanha Walker, M. (2022). Guerra cognitiva. *Visión Conjunta*, núm. 27, pp. 9-17.
- Kahneman, D. (2003). Maps of Bounded Rationality: Psychology for Behavioral Economics. *American Economic Review*, vol. 93, núm. 5, pp. 1449-1475. doi: <https://www.doi.org/10.1257/000282803322655392> (Consulta: 16-06-2024).
- Moreno, M. (2023). Cómo se construye un femi-magnicidio. 20 años de radicalización discursiva y simbólica en Argentina. *Grado Cero. Revista de Estudios en Comunicación*, núm. 5, pp. 1-30. En línea: <https://publicacionescientificas.uces.edu.ar/index.php/grado/article/view/1610> (Consulta: 16-06-2024).
- Preciado, P. B. (2020). Aprendiendo del virus, 27 de marzo del 2020. *Diario El País*. En línea: https://elpais.com/elpais/2020/03/27/opinion/1585316952_026489.html (Consulta: 16-06-2024).

- Reguera, M. (2017). Alt-Right: radiografía de la extrema derecha del futuro, 22 de febrero de 2017. *CTXT, Contexto y Acción*. En línea: <https://ctxt.es/es/20170222/Politica/11228/Movimiento-Alt-Right-EEUU-Ultraderecha-Marcos-Reguera.htm> (Consulta: 16-06-2024).
- Rose, N. (2022). *La invención del sí mismo: Poder, ética y subjetivación*. Pólvora.
- Spencer, R. B. (2016). The Napoleon of the current year, 3 de noviembre de 2016. *Radix Journal*.
- World Bank (2015). World Development Report 2015: Mind, Society, and Behavior. *International Bank for Reconstruction and Development / The World Bank*. Washington D. C. En línea: <https://www.worldbank.org/en/publication/wdr2015> (Consulta: 16-06-2024).